

PAULA GONU[★]

^{cari}
De [✓]todo se aprende



YOU
CAN



mī

PAULA GONU

^{carri}
De ^vtodo se aprende

m̄r

© Redacción y versión final del texto: Paula Gonu, 2018

Edición y fijación del texto: Paula Gonu y Beatriz Lizana

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mediciones.com

www.planetadelibros.com

Ilustraciones de interior: Mónica Loya

Diseño de interior: María Pitironte

Primera edición: marzo, 2018

ISBN: 978-84-270-4415-9

Depósito legal: B. 2.488-2018

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

Printed in Spain-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Antes de empezar **9**

Paula **12**

Capítulo 1 Un sidecar y mi amiga del Sahara **19**

Capítulo 2 Y de repente tengo un hermano **27**

Capítulo 3 Mi mejor amigo nació en 1916 **43**

Capítulo 4 Una cita importante **51**

Capítulo 5 No sé por qué, pero sí por qué no **61**

Capítulo 6 «Te van a querer por quién seas» **71**

Capítulo 7 Una sonrisa que jamás olvidaré **85**

Capítulo 8 Viajar, viajar y volver a viajar **97**

Capítulo 9 No **105**

Capítulo 10 Un viaje que marcó mi vida, parte uno: Nahali **113**

- Capítulo 11* «Ahora mismo estás comiéndote esta galleta» **129**
- Capítulo 12* Un viaje que marcó mi vida, parte dos: sueño **135**
- Capítulo 13* Mis primeras veces **143**
- Capítulo 14* Quise olvidar en Camden Town **151**
- Capítulo 15* Navidades en Argentina **159**
- Capítulo 16* Un viaje que marcó mi vida, parte tres: miedo **167**
- Capítulo 17* El último abrazo **187**
- Capítulo 18* Mi persona favorita **197**
- Capítulo 19* Ahorrar, ahorrar y volver a ahorrar **209**
- Capítulo 20* Y empecé a compartir mi vida, parte uno: complejos **223**
- Capítulo 21* Y empecé a compartir mi vida, parte dos: YouTube **233**
- Capítulo 22* Personas Guapas **239**
- Gracias **249**

Capítulo 1

UN SIDECAR
Y MI AMIGA
DEL SAHARA

Si hay algo que me ha enamorado de los libros que más me han gustado a lo largo de toda mi vida es la facilidad con la que quienes los escriben te transportan a lugares que nunca has visto, en los que nunca has estado.

Pero partamos de la base de que yo no estoy a la altura de quienes escribieron esos libros, ni mucho menos. Y seamos sinceros: ahora mismo estás leyendo estas páginas con el móvil en la otra mano. Si no, seguro que no lo tienes muy lejos. Y, si no es el móvil, es el ordenador.

De cualquier forma, quiero que busques «Covarrubias, Burgos» en internet y vayas a «imágenes». Cuando tengas eso en mente, sigue leyendo.

Se abre el telón y aparece una imagen de Covarrubias, un pueblecito de Burgos. Se ve la iglesia, muchas casas antiguas de piedra y madera y el puente, con un río que lleva bastante más agua que ahora. Se nota que la imagen es antigua porque de la casa de al lado del puente salen mi abuelo y mi abuela maternos, muy jóvenes. Se nota por eso y porque lo que parece un filtro *vintage* no es ningún filtro. Él se llama Eliseo, lleva una típica boina negra y los pantalones bien arriba, atados por unos tirantes para que no caigan. Camina hacia el monte, parece que va a cuidar de las ovejas. Ella se llama Teresa y lleva un vestido y una cesta debajo del brazo. En la siguiente escena se ve el interior de la casa, con vigas de madera muy antiguas, paredes desiguales y una bodega en el sótano. Parece una casa de muñecas.

Se cierra el telón, porque tuvieron ocho hijos y poco a poco fueron emigrando a Cataluña en busca de una vida mejor para todos. Pero en mi cabeza queda esa imagen de la casa a la que yo misma he ido cada verano a pasar unos días y donde me he sentido en total libertad... Esa casa era la de mis abuelos

maternos, y durante muchos veranos todos sus hijos y nietos estuvieron yendo a pasar unos días para estar todos juntos, yo incluida.

Mi abuela Teresa murió de cáncer de mama antes de que yo naciera, aunque me da la sensación de que llegué a conocerla de verdad por la cantidad de anécdotas que he escuchado de ella. Era una mujer de carácter fuerte. La matriarca, la voz cantante de la familia, la que se encargaba de todos. Y siempre estaba haciendo bromas. De hecho, este carácter tan peculiar lo han ido heredando algunos miembros de la familia y lo han llamado, de forma cariñosa, «el pedigrí».

Me gustaba pasar las tardes enteras escuchando a mis tíos contar historias de cuando eran pequeños y se la liaban a mi abuela. Yo he visto muy pocas fotos de ella, pero han sabido describirme tan bien los detalles de esas anécdotas que tengo una imagen bastante nítida de su persona. Así me pasaba con esos lugares a los que nunca había ido pero que tan bien me describían en esos libros.

Mi mejor amiga de Covarrubias

Una tarde de aquellas, siendo yo aún bastante pequeña e hija única, los dejé en casa con sus historias y me fui sola a darle de comer a los patos. No había problema por ir sin adultos, en realidad todos los vecinos cuidaban de los niños que había en la calle. Así que me fui al río a entretenerme un rato.

Si sigues con el móvil o el ordenador a mano, busca «Covarrubias puente río». Ahí es donde yo bajaba para encontrarme con mis amigos los patos.

Pero ese día no estaba sola. Había una niña negra que tendría más o menos mi misma edad. Pero no hablaba mi mismo idioma.

No tardamos ni cinco minutos en hacernos amigas.

Me pasé el resto de mis vacaciones jugando por las calles de Covarrubias con ella. Alguien del pueblo tenía una bicicleta preciosa con sidecar, un modelo muy antiguo y bien cuidado que dejaba aparcado y sin atar justo al lado de un bar. Supongo que sería mi madre quien preguntase si mi nueva amiga y yo podíamos llevárnosla de vez en cuando. Por supuesto que no hubo ningún problema, así que estábamos todo el día bicicleta arriba, bicicleta abajo. Cuando nos cansábamos de dar vueltas, la dejábamos apoyada en su lugar de origen. Pasearnos en bici era nuestro pasatiempo favorito, pero a mí lo que más me gustaba de todo aquello era que tenía una nueva amiga con la que ni siquiera compartía el idioma y a cuyos padres no conocía.

Mi madre no tardó en averiguar que la niña era del Sahara y que una familia del pueblo la tenía en acogida. No hablaba castellano, pero no importaba. Estábamos en esa época en la que nos comunicábamos sin necesidad de entendernos con el lenguaje. Quizás porque en ese momento no era tan importante lo que decíamos, sino lo que hacíamos y transmitíamos. Jugábamos y reíamos y con eso éramos felices.

Los días que pasamos juntas conseguí descifrar que, en el Sahara, ella vivía en una tienda de campaña en una aldea, que hacía calor y que tenía muchos hermanos. Muchísimos.



Aquellas vacaciones me fui de Covarrubias dando por hecho que volvería a verla, pero al siguiente verano ya no estaba allí. Ni siquiera me acuerdo bien del nombre, que sonaba algo así como «Hetch». Me he vuelto a acordar de ella en diversas ocasiones, años más tarde. ¿Qué habrá sido de esa niña? Recuerdo que fue mi mejor amiga de aquella época y sin embargo no sabía nada de ella. A mí me hacía ilusión conocer a los padres y hermanos de mis amigas de Cornellá, pero detrás de ella había un vacío que se me hacía muy extraño.

Tomé consciencia de que había un mundo más allá de mi casa en Cornellá o de Covarrubias, que era lo único que conocía hasta entonces. Me di cuenta de que había gente en otras situaciones diferentes a la mía, que necesitaban de alguien que les acogiera aquí. Pero a la vez, me daba pena pensar que a Hetch quizás nunca nadie más la volvería a acoger. Apenas habíamos compartido unos días de verano y yo la echaba de menos.

Unos años más tarde, cuando descubrí Google, intenté buscar información por internet. «Hetch Sahara», escribía. No es que la quisiera buscar realmente a ella, quería saber qué vida llevaba. Por eso, también buscaba «estilo de vida en el Sahara» o «tiendas de campaña Sahara».

Nunca llegué a dar con su pueblo de origen. Pero siempre recordaré a «Hetch» como la persona con la que descubrí el sidecar y aprendí a reírme y entender sin compartir un mismo idioma.

Y aprendí...

- Que con el lenguaje corporal y con mucho cariño podemos sacar cosas buenas los unos de los otros. Éramos dos niñas que vivíamos el momento y nos comunicábamos como podíamos, porque queríamos y así lo sentíamos.
- Con esta amiga fui consciente de que hay otras culturas aparte de la nuestra. Aunque no es suficiente con saber que existen otros pueblos, hay que buscar más allá de esa primera capa. Es necesario tener el interés por saber qué pasa en esos otros lugares. Esto lo aprendería años más tarde, viajando. Llegarás a eso si sigues leyendo.
- A localizar Covarrubias como parte de mis orígenes. Aunque mi padre es de Barcelona y yo también nací en esta provincia, es importante saber de dónde provienen los tuyos. Aunque solo sea por curiosidad.